

ORIGENES DEL SANTUARIO DEL NIÑO DIOS DE SOTAQUI

por el prof. HUGO GUNCKEL

Presidente de la Academia Chilena de Ciencias Naturales

En la actual provincia de Coquimbo, a muy pocos kilómetros de la ciudad de Ovalle, se encuentra la antigua población de Sotaquí, famosa no sólo por ser un importante centro minero e industrial, sino principalmente por la historia relacionada con su Santuario del Niño Dios, muy visitado todos los años, el día 6 de enero, fecha de numerosas romerías.

Sotaquí¹, antiguo asiento desde épocas remotas, está ubicado en la orilla derecha del río Limarí, rodeado de fértiles campiñas, donde se cultivan hortalizas, viñedos y árboles frutales, que hacen que aquel poblado sea considerado como un oasis en medio de la aridez semidesértica de la zona norteña que abarca.

Numerosos canales de riego contribuyen a que sea ésa una región con un microclima agradable, donde "la naturaleza y el hombre contribuyeron a darle un relativo bienestar desde siglos".

En vista de que era considerado este valle un lugar apacible y a propósito para faenas agrícolas, fue repartido en encomienda muy pronto, después de la llegada de los primeros conquistadores españoles.

Su primer dueño fue don Pedro de Cisternas, quien siendo uno de los primeros regidores del Cabildo de La Serena, solicitó para sí esas tierras a las autoridades de aquella naciente ciudad.

Don Pedro de Cisternas nació en España en 1515; hijo de Miguel Cisternas y de María de Planes; pasó al Perú en 1535, sirviendo en el socorro al Cuzco. En 1540 se reunió con Valdivia en Tarapacá y fue uno de los firmantes del acta suscrita en 1541 para proclamarlo Gobernador de Chile. Se hallaba con Pedro de Valdivia en el valle del Cachapoal, cuando los indígenas, bajo las órdenes de Michimalongo, asaltaron Santiago del Nuevo Extremo en septiembre de 1541. En 1546 llegó hasta el río Bío-Bío durante la primera conquista de este territorio por los españoles.

Luego actuó como vecino fundador de La Serena y escapó milagrosamente de perecer allí cuando los indígenas arrasaron la ciudad en enero de 1549 por encontrarse ausente de la plaza. Cuando regresó, sólo encontró los escombros aún humeantes de los edificios serenenses. Huyó a Santiago para anunciar el triste acontecimiento, cabalgando incesantemente hasta ponerse a salvo.

Ayudó a la reconstrucción de La Serena, donde era Contador Real en los años de 1552 a 1555, Tesorero

Real en 1558, luego Regidor perpetuo del Cabildo, Alcalde ordinario en los años de 1547, 1550, 1554, 1557 y 1578².

Por otra parte, en una escritura pública otorgada por el escribano don Agustín del Campo, en el año de 1550, se da fe de que en el libro primero de la fundación y reedificación de La Serena, se encuentra anotada a fojas 24, una concesión, que dice así:

"En la ciudad de La Serena, a veinte y un días del mes de mayo de mil y quinientos y un años, estando en su ayuntamiento y regimiento, según que lo han de uso y costumbre el muy magnífico señor don Francisco de Aguirre, teniente y capitán; el señor don Diego Sánchez Morales y el señor Pedro de Herrera, alcaldes ordinarios, y Garcí Díaz, Pedro de Cisternas e Bartolomé de Ortega e Juan González, regidores... Pedro de Cisternas pidió y suplicó le hiciese merced de un pueblo llamado Sotaquí con sus tierras que está a media legua del valle y del tambo de Samo³ que es en el valle de Limarí, el cual está despoblado mucho tiempo al cual pobló Singa de Mytimais para que hiciesen chaquiras..., y luego, los dichos señores respondieron que se le daba como lo pide...".

Esta concesión fue confirmada después por los gobernadores Francisco de Villagra en decreto de 11 de junio de 1561 expedido en La Serena, y por Rodrigo de Quiroga, por acuerdo de 9 de junio de 1566, suscrito en la capital del reino.

Villagra le hizo merced, además, en 1561 de otra repartición de indios en Cuyo, y le envió a reemplazar a Pérez de Zurita, teniente de gobernador de Tucumán, mientras tomaba posesión de este empleo en propiedad el capitán Gregorio de Castañeda⁴.

Algunos decenios más tarde, la autoridad eclesiástica erigió en Sotaquí una viceparroquia, bajo la advocación del Santísimo Sacramento y que es considerada como una de las más antiguas de la actual diócesis de La Serena.

El primer libro de Bautismos empieza el 1º de marzo de 1648, siendo cura el licenciado Jerónimo de Cantillana y Hurtado, hijo de Jerónimo de Cantillana, vecino de La Serena y que fuera cura y vicario en Limarí —hoy Ovalle—, en 1648⁵.

En el inventario de los objetos de culto se deja constancia de que dicho eclesiástico los recibió de su antecesor, el padre mercedario Fray Julio de Quiroga.

Además, hay antecedente de que un criollo de Limarí "fue bautizado por el licenciado don Antonio de Montiel que desempeñó el cargo de cura de estos valles por los años de 1630-1632". Este presbítero, Antonio de Montiel, nacido en Chile, era hijo del capitán Antonio de Montiel y de doña Cecilia Pérez Cabezas. Años más tarde el presbítero Montiel y Pérez fue doctrinero en San Antonio, cerca de Valdivia, en 1591; residió en Santiago en 1597 y 1598; fue después maestrescuela de la catedral de Buenos Aires, y chantre, en seguida, de la catedral de Arequipa, donde falleció poco antes de 1643; fue sacerdote celoso y el primer visitador del obispado de Arequipa⁶.

En el siglo xvii la jurisdicción de la viceparroquia de Sotaquí comprendía todo el valle regado por el río Limarí, desde su nacimiento en la cordillera, hasta su desembocadura en el mar, al sur del famoso bosque de Fray Jorge, incluyendo sus afluentes Mostazal, Rapel, Ponio, Cogotí y Hurtado, territorio del cual, más tarde, se han desligado los curatos de Caren, Ovalle, Barraza y una parte que se ha agregado a Combarbalá y Andacollo, es decir, fue primitivamente mayor que los límites actuales del departamento de Ovalle⁷.

"Los párrocos encontraron, sin duda, "como supone don Félix Alejandro Zepeda", un campo inmenso donde derramar la semilla del bien y una vida apacible, pues algunos de ellos permanecían allí largos años". Entre ellos figuraba don Diego Isidro Monardes, cuya fama se ha extendido por todo Chile y de quien se cuentan centenares de anécdotas verdaderas e inventadas.

Monardes aparece funcionando como cura de Sotaquí durante sesenta y ocho años, desde el 14 de junio de 1749 hasta 1817, año en que falleció. Como no podía ejercer entonces todas las funciones del ministerio pastoral, tuvo por coadjutor a don Gaspar Reynaud⁸ durante más de cuarenta y dos años⁹.

Don Diego de Monardes fue primeramente cura en el obispado de Santiago por varios años. Fue hijo de don Matías Monardes y de doña Josefa Montero, habiendo nacido en 1717 en Huasco Bajo. Se educó en el Colegio de los jesuitas de Santiago, ordenándose sacerdote en 1742. Desempeñó el curato de Elqui y después por largos años fue cura párroco de Sotaquí, donde falleció en 1817, a la edad de cien años, en su retiro en Huana, en el mismo territorio parroquial de Sotaquí¹⁰.

Sobre su vida escribió una obra interesante el canónigo don Manuel García, obra que tuvo la suerte de ser editada dos veces¹¹.

En la primera mitad del siglo pasado, "con motivo de la bonanza del vecino mineral de Tamaya, se trataba de fundar una nueva población que fuese

beneficiada por las ingentes riquezas que salían de las entrañas de la tierra, y donde se establecieran industrias para el sostén y comodidad de los centenares de personas que vivían ocupadas en el mineral". Sotaquí era el punto señalado por la naturaleza para este objeto, pero "desgraciadamente", como indica un autor, los iniciadores de esta idea no pudieron ponerse de acuerdo con uno de los propietarios del terreno y el proyecto fracasó.

Sólo el 22 de abril de 1831, la Asamblea Provincial de Coquimbo, deseando establecer un pueblo en la extensión territorial que se dilata entre La Serena y Combarbalá, había elegido para ello un lugar denominado Tuquí, en la ribera norte del río Limarí, en terrenos de propiedad de don José María Campos. Se resolvió que se llevara a cabo esa erección, y que "en memoria de los importantes servicios rendidos a la nación por el finado vicepresidente de la República, don José Tomás Ovalle, el pueblo tendría por nombre el de *Villa de Ovalle*". Un decreto supremo expedido el 7 de mayo siguiente (1832), sancionó aquel acuerdo y la nueva población fundada entonces conserva hasta hoy el nombre del mandatario, cuya muerte reciente era en esos días tan deplorada.

Los documentos referentes a la fundación del pueblo de Ovalle se hallan publicados en la página 134 y siguiente de la *Memoria* presentada al Ministerio de lo Interior en 1855 por don Francisco Solano Astaburuaga, en su carácter de intendente de Coquimbo (La Serena) en 1855.

Ovalle obtuvo el título de ciudad el 3 de diciembre de 1867.

Trece años antes, el 24 de septiembre de 1818, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins había instituido la villa cabecera de partido, la aldea de Barraza, dándole el nombre de San Antonio del Mar; pero ésta había permanecido estacionaria y la fundación de Ovalle correspondía mejor a las conveniencias de ese departamento. De paso indicaré que el mismo don Bernardo O'Higgins había sancionado también en 22 de febrero de 1821 la erección de la villa de Elqui, con la denominación de San Isidro de Vicuña, erección propuesta por el intendente de Coquimbo, don Joaquín Vicuña (véase Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, Vol. xvi: 36, 1902). Vinieron luego algunos años de decadencia para Sotaquí, que por años llevó sólo una vida lánguida: sus edificios estaban en ruinas, muchos transformados en montones de escombros, y humildes casas de paja y de adobes formaban un triste contraste, muchas veces chocante, con la exuberancia de la naturaleza.

A principios del siglo xix vivía en Sotaquí una distinguida dama, llamada doña Antonia Pizarro, más conocida con el apodo de Naranjo. Cuenta la tra-

dición lugareña que esta señora era buscada desde largas distancias por las personas que tenían algún deudo enfermo, pues gozaba de fama como "meica", ya que durante muchísimos años en estas comarcas eran desconocidos los verdaderos médicos y aun los boticarios.

Se cuenta además que un día fue llamada a visitar un enfermo que vivía en la estancia del Romero, en las cercanías del río Hurtado. En el mismo lugar había una majada de cabros a quienes pastoreaban dos niños de corta edad. Fijándose bien, la Naranja notó que éstos jugueteaban con "otro más pequeño, que estaba casi desnudo, pues sólo tenía un ligero paño femural, y lo hacían saltar en un cordel. Creyéndolo un niño de carne y hueso dijo para sí: "¡qué madre tan indolente, que deja a su niño abandonado a la intemperie!". Se acercó y notó con sorpresa que se trataba de una imagen del Niño-Dios, en su primera edad.

Recobrado que hubo su serenidad de espíritu —cuenta la tradición— sólo pensó en adquirir esa imagen del Niño-Jesús que tanto la había cautivado. Después de repetidas instancias logró que se la concedieran y volvió a su casa, loca de entusiasmo y de contento. ¿Y de dónde había venido esa imagen a las soledades de una estancia? Esto fue lo que no trató de averiguar la señora Pizarro, por lo que el asunto ha quedado envuelto en las sombras y en el olvido.

"El trabajo de la confección de la imagen es excelente, afirma don F. A. Zelada, y revela que fue obra de un diestro escultor".

A la muerte de la propietaria, la imagen del Niño-Dios pasó a poder de su hija doña Dolores Rojas, la cual heredó también "el espíritu de devoción de su madre e hizo laudables esfuerzos por propagar el culto del Niño-Dios. La gente del pueblo que tiene una fe pura y sencilla, y por consiguiente "muy grata a los divinos ojos", empezó a encomendarse al Niño-Dios de Sotaquí para todas sus necesidades".

De esta manera nació en aquel lugar un verdadero culto hacia la imagen, y se estableció una piadosa romería a la casa de la señora Rojas en donde iban los enfermos a implorar por la salud, los convalecientes a dar gracias por haberse librado de algún peligro, o los que habían perdido algún objeto. Unos pedían lluvias copiosas, otros solicitaban abundantes cosechas, etc.

A fines de 1862 falleció doña Dolores Rojas, manifestando que era su voluntad que la imagen del Niño-Dios alcanzase un culto más público en la misma iglesia parroquial de Sotaquí. No se cumplió entonces su disposición hereditaria, sino que una de sus hijas, doña Josefa Torres de Toro, por acuerdo con los demás herederos, quedó en posesión de la imagen.

Esta dama se hizo un deber de propagar más aún el culto del Niño-Dios de Sotaquí. A sus expensas le hizo construir un altar en su propia casa de habitación, situada en la Quebrada de los Naranjos, entre Ovalle y Sotaquí, a orillas del camino público.

Hizo celebrar además todos los años, en el templo principal de la parroquia, el día 6 de enero, una solemne fiesta. Se quemaban fuegos artificiales, se organizaban 'bailes de chinos', y de este modo la fiesta se hizo cada vez más célebre entre los habitantes de la comarca.

Al fallecer en 1873 doña Josefa Torres de Toro, en una de las cláusulas de su testamento, legó a la iglesia parroquial de Sotaquí la imagen en referencia. Los miembros de su familia se negaron por algunos meses a entregarla; pero cedieron a las amonestaciones del obispo de La Serena.

Por fin, el 10 de diciembre de 1873 entraba a la parroquia en solemne procesión el Niño-Dios, siendo cura-vicario de Sotaquí el Pbro. Pablo Laforge.

Desde que quedó instalado oficialmente en el citado templo, su culto y devoción se han hecho muy populares, conservándose el día 6 de enero de cada año, día de Epifanía, como la fecha dedicada a la romería que anualmente se realiza en su homenaje.

La imagen de madera, de 40 cms. de altura, representa al Niño-Jesús en "una edad próxima a la adolescencia". Su mirada es dulce y penetrante, tiene las manos extendidas sosteniendo en la derecha el mundo, representado por una esfera de oro de 5 cms. de diámetro, y en la izquierda tiene un corazón primorosamente labrado en plata.

"Está vestido con túnicas blancas, la mayor parte obsequiadas por sus devotos. Tanto el corazón como el mundo fueron obsequiados por doña María Toro de Villegas".

Informa el señor Zepeda que esta dama le refirió el motivo de esta donación del modo siguiente: "Durante meses sufrí de un fuerte ataque al hígado que me ocasionaba agudos dolores y que me tuvo a las puertas de la muerte. Considerando ya ineficaces los medicamentos de farmacia para recobrar la salud, tuve la feliz idea de encomendarme al Niño-Dios de Sotaquí. Le ofrecí ir en peregrinación a su santuario y llevarle un pequeño mundo de oro y un corazón de plata para su adorno si me otorgaba la gracia de la convalecencia. Inmediatamente sentí mejoría, dice la informante, y el mal fue desapareciendo poco a poco. A las pocas semanas quedé tan sana como antes y volví a dedicarme al trabajo; pero tuve la debilidad de dejar durmiendo el sueño del olvido mi promesa... El Niño-Dios se dignó sacarme de ese letargo, pues me volvió la enfermedad, y sólo entonces comprendí que había sido infiel e ingrata para con mi

bienhechor... Me levanté del lecho de dolor en que yacía para dirigirme a Sotaquí, determinación que mis amigas y conocidas tomaron por delirio y juzgaron que no volvería de nuevo a La Serena, ciudad de mi domicilio..." y sané completamente hasta ahora¹².

Cada año la imagen del Niño-Dios adquirió más fama y ahora la romería a su santuario figura entre las más famosas de Chile.

Se afirma que esta romería constituye siempre una "escena conmovedora", cuando se ve desfilar a lo largo de todos los caminos del departamento de Ovalle y de otras regiones vecinas, a muchos miles de personas a pie, a caballo, en coches, automóviles y camiones, para así llegar a las festividades, dedicadas a este culto popular.

A continuación daré una descripción de estas reuniones religiosas que se encuentran entremezcladas con algunas costumbres profanas, pero dedicadas todas a rendir un homenaje a la imagen, con esa clase de fe que sólo es dable observar en nuestro pueblo:

"La fiesta empieza por la mañana con una misa solemne celebrada con el esplendor posible de una parroquia de campo... La parte musical se encomienda generalmente a los más distinguidos artistas de La Serena. Después del evangelio se predica un sermón alusivo al acto, el que es escuchado con viva emoción, y el orador no necesita hacer muchos esfuerzos para arrancar lágrimas a un auditorio tan bien dispuesto..."

"Durante el día el Niño se coloca en la puerta de la iglesia en una preciosa angarilla de madera toda tallada, pintada y dorada, obra del malogrado artista José Antonio Díaz. Ahí vienen los danzantes y chinos a bailar, como David delante del arca de la alianza, y es éste uno de los atractivos especiales de la fiesta. El baile lo alternan con cantos impregnados de ternura y con discursos o relaciones sencillas declamadas con acento lastimero que tocan las fibras más delicadas del alma. Es imposible muchas veces detener las lágrimas..."

"A primera vista parece ridículo ver unos hombres vestidos de diversos colores, con un gorro adornado con espejitos, perlas falsas, lentejuelas y cintas, con una banda de seda terciada al hombro, saltar con pasmosa agilidad y dar vueltas en un orden indescriptible, tañendo instrumentos rústicos. Pero cuando se observa la fe que irradia el semblante de esa gente, cuando se ve morigerar las costumbres a personas que antes vivían en los vicios y dar ejemplos de acendrada piedad, entonces se deja de mirar los bailes como actos de barbarie indignos del siglo de las luces y del progreso..."

"Los bailes como en Andacollo, se dividen en *turban-tes*, *danzantes* y *chinos*. Los primeros visten pantalón blanco con galones, una cinta al brazo, un largo bo-

nete en forma de mitra, y a la espalda, un velo de encajes blancos que les llega desde la cabeza hasta la cintura. Los instrumentos que tocan son flautas, guitarras y acordeones. El baile es muy sencillo y monótono, sólo consiste en movimientos de poca armonía alrededor de un gran estandarte que lleva desplegado uno de los más antiguos afiliados al grupo de baile. En Sotaquí no hay más que una o dos compañías de turbantes que son formadas en la misma parroquia y tienen preferencia sobre las danzas.

"Los *danzantes* se diferencian de los anteriores en que visten pantalón blanco, verde o azul, una banda de cintas terciadas y el bonete o morrión en forma de gorra que no lleva velo alguno. El baile es mucho más animado y se ejecuta con gran ligereza de pies. De ordinario cantan octavillas asonantadas: los dos primeros versos los entona uno solo y los dos últimos los repiten en coro. Algunas veces se valen de quintillas consonantes. Después salen dos abanderados a danzar de un modo admirable..."

"Los *chinos* son mineros lujosamente vestidos con ojotas, medias de colores, bordados con seda, pantalón corto hasta la rodilla, bonete encarnado de forma parecida a la quilla de una falúa y el singular *culero* adornado con espejos y cintas. Tienen movimientos tan raros y veloces que es necesario verlos para formarse una idea. La pluma es impotente para retratar ese confuso laberinto de saltos y dobleces. Ya se les ve dar vueltas en el aire como una bola o desplegarse como una serpiente. El sudor les baña prácticamente el rostro acusando las fatigas que deben experimentar; pero esos hombres siguen danzando imperturbables como si fueran de goma o de fierro. Tocan también o hacen sonar pitos de caña y madera envueltos en pieles, que producen sonidos ásperos y roncós algo parecidos a los graznidos de los gansos".

"En la tarde, al llegar el sol al horizonte, se organiza una procesión en la que se ostentan las imágenes del patriarca San José, de la Santísima Virgen y del Niño-Dios. La procesión recorre varias cuadras para lo cual los bailes abren calle. Los abanderados y los capitanes con las espadas en la mano rodean las angarillas formándoles cortejo..."

"Una vez entrada la procesión al templo, los peregrinos esperan sólo que se quemem abundantes y bien preparados fuegos de artificio para dar así el adiós al Niño y pedirle su bendición para el año venidero..."

Los danzantes se despiden cantando versos que respiran tristeza y que conmueven a los corazones de los asistentes..."

"El día siguiente, 7 de enero, en la mañana, Sotaquí vuelve a su tranquilidad ordinaria. Los habitantes que pueblan la ciudad reanudan sus faenas acostumbradas,

empleando las ventajas materiales que les ha producido la fiesta.

"La mayor parte de los romeros del Niño-Dios se hacen un deber de traerle una ofrenda de gratitud: algunos le ofrecen objetos de plata que representan el peligro del que dicen haber librado. En la angarilla se colocan siempre como prueba de las bondades del Niño esos simbólicos ex votos, por lo general los donativos son en dinero..."¹³.

NOTAS:

¹SOTAQUÍ es voz de origen quechua, derivada de CHHUTAKUY = extenderse, desperezarse (según Fray P. Armengol Valenzuela, Glosario Etimológico, Vol. 2: 364. Santiago, 1918); según el P. Ernesto Wilhelm de Moesbach, Voz de Arauco: 220. Padre Las Casas, 1944, significaría *extendido*.

²Tomás Thayer Ojeda. *Formación de la Sociedad Chilena*. . . I: 238-9. Santiago, 1939.

³SAMO: Existen dos localidades que todavía se llaman Samo (Samo Alto y Samo Bajo) en el departamento de Ovalle, provincia de Coquimbo; ambas se encuentran situadas a orillas del río Guamalata.

⁴T. Thayer O., l. c., I: 239.

⁵Luis Fco. Prieto del Río. *Diccionario Biográfico del Clero Secular de Chile*: 125. Santiago de Chile, 1922.

⁶L. Fco. Prieto del Río. L. c.: 441.

⁷*Catálogo de los Eclesiásticos de ámbos Cleros, Casas Religiosas, Iglesias y Capillas de la República de Chile a fines del año de 1928*: 198 y 199. Santiago de Chile, Imprenta Arturo Prat, 1929.

⁸Gaspar Reynaud, hijo del francés don Antonio Reynaud y de la dama chilena doña María Escobar, se ordenó en 1767, después de estudiar en la Compañía de Jesús; sirvió la parroquia de Sotaquí, como coadjutor del cura Monardes, cuarenta y dos años; falleció repentinamente en 1810.

⁹Félix Alejandro Zepeda. *El Niño Dios de Sotaquí*, en *Tercera Asamblea Jeneral de la Unión Católica de Chile*: 164. Santiago de Chile, 1887.

¹⁰L. Fco. del Río. *Diccionario Biográfico*. . . : 436. Santiago de Chile, 1922.

¹¹Manuel García. *El Cura Monardes*. Santiago de Chile 1885.

¹²Declaración citada por Zepeda, l. c.: 167-8.

¹³Transcrito del trabajo de don Félix Alejandro Zepeda, en *El Niño Dios de Sotaquí*, l. c.: 169-172.

BIBLIOGRAFIA:

1. García Macuada, Manuel. *El Cura Monardes*. De este trabajo conozco dos ediciones: a) Edición Rafael Jover. Santiago de Chile, 1885. 1 folleto de 31 páginas (de la Biblioteca de la Lectura), y b) Segunda Edición, Santiago, Imprenta Cervantes, 1889. Folleto de 56 páginas.
2. Pizarro Pizarro, Marino. *El Niño Dios de Sotaquí*, en *Archivo del Folklore Chileno de la Universidad de Chile*, Fascículo 8: 21-27, 1957. Está basado directamente en los trabajos de F. A. Zepeda.
3. Zepeda, Félix Alejandro. *El Niño Dios de Sotaquí*, en *Tercera Asamblea Jeneral de la Unión Católica de Chile*, páginas 163-175. Santiago de Chile, 1887.
4. Zepeda, F. A. *Crónica de la Parroquia de Sotaquí*. Trabajo citado en su colaboración sobre este tema. L. c., en el *Archivo del Folklore Chileno de la Universidad de Chile*.
5. Zepeda, F. A. *Novena del Niño Dios de Sotaquí*. La Serena, Imprenta Moderna, 1935. 104 páginas, con ilustraciones.

LA VERDAD DE JUAN GRIS

Kahnweiler, el gran amigo de Picasso, afirma que nunca se ha organizado una exposición consagrada exclusivamente a los dibujos de Juan Gris. El mismo adquirió, desde 1912, cuanto produjo el artista, al que ha dedicado un libro de densa información. Debe saberlo, pues, mejor que nadie. Ha reunido en su galería toda la obra de dibujo, y algunos gouaches, de José Victoriano González, ejecutados entre 1910 y 1927. Comprende, por lo tanto, toda la creación del cubista conocido bajo el nombre de Juan Gris, fallecido a la edad de 40 años. Pues los dibujos hechos por el artista a su llegada a París (1906) para revistas satíricas, representan un pasado con el que el español había roto por completo. De lo hecho en Madrid anterior a 1906, durante su período de aprendizaje con el académico

Moreno Carbonero, apenas se ha conservado nada. A la fase analítica del cubismo sucedió, a partir de 1913, la sintética y en la evolución de ésta fue esencial la contribución de Juan Gris. Si el cubismo analítico de lo real generó a la postre composiciones de apariencia abstracta, Juan Gris se decidió por el sentido inverso. Empezó organizando su cuadro y le otorgó luego un valor de existencia. Cézanne hizo de una botella un cilindro, Juan Gris hizo lo contrario. Cézanne aspiraba a una arquitectura. Gris partió de ella en interés del orden y la claridad. Para el español el más grave reproche que podía hacersele a un cuadro era el de la ambigüedad. Cuasi inventó, pues, el mundo exterior en vez de imitarlo. Incluso el más modesto testimonio de tal aspiración adquirió así el carácter de una impresión "grandiosa" en el cabal sentido de la palabra.

Edgar Schall (París)